edición del 24 de marzo de 1993

plaza pública

Violencia en Puebla

Tepatlaxco, Coxcatlán, Izúcar

Reyes Morales

miguel ángel granados chapa

Israel Ramos Morales y Eustaquio Herrera se dedican al trabajoso oficio de retratar niños en sus escuelas. Su tarea los obliga a la trashumancia. Llegan a un plantel, en la zona donde laboran, límites entre Puebla y Veracruz, se apalabran con las autoridades escolares, y ofrecen sus servicios a la comunidad ~~del plantel~~ escolar. Así lo hicieron el 9 de marzo, al llegar a la escuela Rafael Ramírez en Tepaxtlaco, Pue. Sin embargo, en vez de vivir una jornada más de trabajo, quedaron en el centro de una intriga, un caso de malentendido o ignorancia supina, en que por poco y pierden la vida, no sin antes padecer horas de incertidumbre y dolor.

No me queda claro si había en esa población oriental de Puebla denuncias concretas sobre robo de infantes. O si aquella región como otras del país, está poseída de una sicosis sin fundamento real. O si se trata sólo de una actitud propia de primitivismo aldeano, alimentada por el flujo de intereses concretos. El hecho es que alguien alebrestó a los pobladores de Tepaxtlaco para que aprehendieran a los fotógrafos de niños, que símplemente querían captarlos con sus cámaras y de ninguna manera apoderarse de ellos. Fuenteovejuna, (es decir todos y nadie) agredió a Ramos y Herrera con tal violencia que el primero estuvo en trance agónico varios días. El director del plantel, Fidencio Romero, y un policía local, Julio Zavala, que quisieron intervenir en apoyo de los agredidos, fueron lesionados también, como si se tratara ~~fueran~~ de cómplices de los presuntos plagiarios. El sacerdote Abraham González Santos, al contrario de émulo de Canoa, en vez de incitar a la violencia contra los extraños, procuró contener la que se cebaba ~~contra~~ sobre los fotógrafos, sin buen resultado. Tampoco lo tuvo el alcalde Oliverio González, que en vano pretendió hablar con Mauro Escudero Yerena, director de seguridad pública en la entidad, a fin de que enviara fuerza ~~pública~~ armada que, a pesar de los doscientos kilómetros que debía recorrer desde la Angelópolis, pusiera fin al asedio

Violencia...

contra maestros, que siguió a la primera erupción violenta. Pero nunca consiguió que el jefe policiaco contestara su llamado, pese a haber explicado de qué se trataba. Finalmente acudieron miembros de la policía judicial, pero llegaron muy tarde, trece horas después de iniciado el trágico acontecimiento.Con diligencia que hubiera sido más agradecible el mismo día de los hechos, el ministerio público configuró después una averiguación previa que dio lugar a la captura y formal prisión de 13 personas, acusadas de haber instigado a los pobladores para que lincharan a los fotógrafos. Los parientes de los detenidos aseguran que se trata de fabricar responsables, con tan mala mano, que algunos de ellos no estaban en la población el día de marras, y otros ni siquieras habitan en esa población.

Cuatro días después de este episodio, en Coxcatlán ocurrió un enfrentamiento que causó la muerte a por lo menos una persona. A diferencia del percance de Tepaxtlaco, donde no se aprecia coloración política en los hechos, en Coxcatlán se produjo una de las muchas consecuencias de una elección que dejó abundantes y hondas lastimaduras cívicas, y ahora también físicas.El Partido de la Revolución Democrática había denunciado que 28 militantes suyos cayeron asesinados a lo largo del proceso electoral. El 13 de marzo se agregó a esa cifra la muerte de Benito Sánchez Martínez, de setenta años de edad, que murió acribillado en una balacera donde otros perredistas quedaron heridos. Ese partido atribuye la responsabilidad de este ataque a los alcaldes del propio Coxcatlán, el priísta Leobardo Armas, cuya elección fue impugnada por el PRD, y Andrés Núñez, de Tepanco de López.

En Izúcar de Matamoros, un plantón perredista fue desalojado por agentes policiacos dotados de perros. La protesta del PRD es, también, secuela de las elecciones de noviembre pasado. Existe conflicto semejante en una veintena de poblaciones, en todas las cuales el riesgo de un desenlace cruento puede no estar lejano. El primer asunto, el de Tepaxtlaco, no obedece a causas políticas, pero ilustra cómo, cuando la pradera está seca, cualquier incidente, y aun la pura suspicacia, puede encenderla.

cajón de sastre

A sus cincuenta años de escritor, Ricardo Garibay, tulanciguense ilustre, acaba de ver publicada una obra jubilar, la segunda parte de sus memorias (la primera se llamó Fiera infancia), ésta concentrada en narrar Cómo se gana la vida. Es decir, es el repertorio de los varios oficios a que se dedicó el gran autor de Beber un cáliz. El libro abunda en referencias políticas, como estas frases de Díaz Ordaz, que dos veces se las dijo a Garibay. A propósito de dos rechiflas (al inaugurar los Juegos Olímpicos, y en las calles de Hermosillo), el entonces Presidente sentenció: "Se ha cumplido con este encargo como se debió cumplir, ni un milímetro de más ni de menos. Si algún día se ve, se verá y enhorabuena. Si no, me da lo mismo. Se hizo lo que era necesario. No busco el aplauso del pueblo, de la chusma, ni figurar en los archivos de ninguna parte. Al carajo con el pueblo y con la historia.No esperé jamás gratitud ni reconocimiento, casi nadie tiene la nobleza que se necesita para otorgarlos". Enseguida, Garibay comenta: "Ahora que reviso mis apuntes, veo que recordaba la frase textualmente. La escribí, en las dos ocasiones, inmediatamente después de escuchársela". Luego, en trazos fuertes, rigurosos, Garibay da este retrato de Díaz Ordaz: "No le vi ni la frivolidad más leve ni pasajera; no le vi buen humor, algún momento en que dejara ver el gozo de vivir; no le oí frase donde se asomara siquiera por un instante el sens of jiumor; no conocía la ironía, sí la invectiva, que en su voz era pronta e inteligente...Hablaba bien; su voz era metálica y barítona; su discurso era preciso y brillante, enfermo de salpicaduras callejeras. Su constante era la sobriedad, algo como un áspero e impaciente sentido de la existencia...No he encontrado en lo vivido a otro hombre con tan tenaz e hincada incapacidad para amar a los demás".

Miércoles 24 de Marzo 1993.

PLAZA PUBLICA

Violencia en Puebla ■ ***Tepatlaxco, Coxcatlán, Izúcar***

Miguel Angel Granados Chapa

Israel Ramos Morales y Eustaquio Herrera se dedican al trabajoso oficio de retratar niños en las escuelas. Su tarea los obliga a la trashumancia. Llegan a un plantel, en la zona donde laboran, límites entre Puebla y Veracruz, se apalabran con las autoridades escolares, y ofrecen sus servicios a la comunidad escolar. Así lo hicieron el 9 de marzo, al llegar a la escuela Rafael Ramírez en Tepaxtlaco, Pue. Sin embargo, en vez de vivir una jornada más de trabajo, quedaron en el centro de una intriga, un malentendido o un caso de ignorancia supina, en que por poco y pierden la vida, no sin antes padecer horas de incertidumbre y dolor.

No me queda claro si había en esa población oriental de Puebla denuncias concretas sobre robo de infantes. O si aquella región como otras del país, está poseída de una sicosis sin fundamento real. O si se trata sólo de una actitud propia del primitivismo aldeano, alimentada por el flujo de intereses concretos. El hecho es que alguien alebrestó a los pobladores de Tepaxtlaco para que aprehendieran a los fotógrafos de niños, que simplemente querían captarlos con sus cámaras y de ninguna manera apoderarse de ellos.

Fuenteovejuna (es decir todos y nadie) agredió a Ramos y Herrera con tal violencia que el primero estuvo en trance agónico varios días. El director del plantel, Fidencio Romero, y un policía local, Julio Zavala, que quisieron intervenir en apoyo de los agredidos, fueron lesionados también, como si se tratara de cómplices de los presuntos plagiarios. El sacerdote Abraham González Santos, al contrario de su émulo de Canoa, en vez de incitar a la violencia contra los extraños, procuró contener la que se cebaba sobre los fotógrafos, sin buen resultado. Tampoco lo tuvo el alcalde Oliverio González, que en vano pretendió hablar con Mauro Escudero Yerena, director de seguridad pública en la entidad, a fin de que enviara fuerza armada que, a pesar de los doscientos kilómetros que debía recorrer desde la Angelópolis, pusiera fin al asedio contra maestros, que siguió a la primera erupción violenta.

Pero nunca consiguió que el jefe policiaco contestara su llamado, pese a haber explicado de qué se trataba. Finalmente acudieron miembros de la policía judicial, pero llegaron muy tarde, trece horas después de iniciado el trágico acontecimiento. Con diligencia que hubiera sido más agradecible el mismo día de los hechos, el ministerio público configuró poco después una averiguación previa que dio lugar a la captura y formal prisión de 13 personas, acusadas de haber instigado a los pobladores para que lincharan a los fotógrafos. Los parientes de los detenidos aseguran que se trata de fabricar responsables, con tan mala mano, que algunos de ellos no estaban en la población el día de marras, y otros ni siquiera habitan en esa población.

Cuatro días después de este episodio, en Coxcatlán ocurrió un enfrentamiento que causó la muerte a por lo menos una persona. A diferencia del percance de Tepaxtlaco, donde no se aprecia coloración política en los hechos, en Coxcatlán se produjo una de las muchas consecuencias de una elección que dejó abundantes y hondas lastimaduras cívicas, y también físicas. El Partido de la Revolución Democrática había denunciado que 28 militantes suyos cayeron asesinados a lo largo del proceso electoral. El 13 de marzo se agregó a esa cifra la muerte de Benito Sánchez Martínez, de setenta años de edad, que murió acribillado en una balacera donde otros perredistas quedaron heridos. Ese partido atribuye la responsabilidad de este ataque a los alcaldes del propio Coxcatlán, el priista Leobardo Armas, cuya elección fue impugnada por el PRD, y Andrés Núñez, de Tepanco de López.

En Izúcar de Matamoros, un plantón perredista fue desalojado por agentes policiacos dotados de perros. La protesta del PRD es, también, secuela de las elecciones de noviembre pasado. Existe conflicto semejante en una veintena de poblaciones, en todas las cuales el riesgo de un desenlace cruento puede no estar lejano. El primer asunto, el de Tepaxtlaco, no obedece a causas políticas, pero ilustra cómo, cuando la pradera está seca, cualquier incidente, y aun la pura suspicacia, puede encenderla.

Cajón de Sastre

A sus cincuenta años de escritor, Ricardo Garibay, tulancinguense ilustre, acaba de ver publicada una obra jubilar, la segunda parte de sus memorias (la primera se llamó *Fiera infancia*), ésta concentrada en narrar *Cómo se gana la vida*. Es decir, es el repertorio de los varios oficios a que se dedicó el gran autor de *Beber un cáliz*. El libro abunda en referencias políticas, como estas frases de Díaz Ordaz, que dos veces se las dijo a Garibay. A propósito de dos rechiflas (al inaugurar los Juegos Olímpicos, y en las calles de Hermosillo), el entonces presidente sentenció: "Se ha cumplido con este encargo como se debió cumplir, ni un milímetro de más ni de menos. Si algún día se ve, se verá y enhorabuena. Si no, me da lo mismo. Se hizo lo que era necesario. No busco el aplauso del pueblo, de la chusma, ni figurar en los archivos de ninguna parte. Al carajo con el pueblo y con la historia. No esperé jamás gratitud ni reconocimiento, casi nadie tiene la nobleza que se necesita para otorgarlos". Enseguida, Garibay comenta: "Ahora que reviso mis apuntes, veo que recordaba la frase textualmente. La escribí, en las dos ocasiones, inmediatamente después de escuchársela". Luego, en trazos fuertes, rigurosos, Garibay da este retrato de Díaz Ordaz: "No le vi ni la frivolidad más leve ni pasajera; no le vi buen humor, algún momento en que dejara ver el gozo de vivir; no le oí frase donde se asomara siquiera por un instante el *sens of jiumor*; no conocía la ironía, sí la invectiva, que en su voz era pronta e inteligente... Hablaba bien; su voz era metálica y barítona; su discurso era preciso y brillante, enfermo de salpicaduras callejeras. Su constante era la sobriedad, algo como un áspero e impaciente sentido de la existencia... No he encontrado en lo vivido a otro hombre con tan tenaz e hincada incapacidad para amar a los demás".